

## 1

¡Patatas! Los hombres de acero del *Riosil* eran patatas. Patatas recocidas. Cada vez que el barco se acercaba a puerto, se sentían invadidos por una marea de puré untuoso y amarillento que les atornillaba el paladar.

Ni siquiera había un gesto de cansancio o resignación en los rostros de aquel puré humano. Era algo aún peor: bultos fofos e inútiles que vagabundeaban por cubierta, agarrados desesperadamente a la última colilla de la marea.

La pava humeaba en los labios reseco por la salitre, mientras el cocinero arrojaba a las gaviotas y a los mascatos las sobras de la caldeirada. Carne de naufragio, aperitivo de un tiburón codicioso, ellos, los condenados a galeras, eran las patatas de aquel guiso de sesos derretidos: una mancha grasienta en la superficie tranquila de las aguas, mierda para alimentar este mar de mierda, ¡acabemos pronto!, ¡ojalá fuese esta la última marea! ¡Ojalá fuese la última!

Parecían estatuas de patata, muñecos de nieve embudidos en los oscuros plásticos de la ropa de aguas, tubérculos tuberculosos, podridos por dentro, lastrados por los sacos del quiñón: trece montones de pescado esparcidos por la cubierta.

Cheri iba sacando canastos de la nevera. Durante diecisiete días había guardado, entre paladas de nieve, los mejores ejemplares de rapante y merluza, en los casilleros de proa, divididos por carcomidas panas de madera, a punto de reventar y desembutirse de los gallotes.

Entre las panas de proa, El Cheri guardaba el pescado fino y delicado: las merluzas de escama brillante, los gallos de arena, la escasa maruca y algún bacalao o rodaballo despistados. La bastina, el pescado más resistente, se alojaba en los pozos del suelo. Cheri destinaba un pozo para el pescado de goma, choco, calamar, pulpo; y otro pozo para el pescado de cuero, marrajo, pez espada, sevillano, fogonero.

En el *Riosil*, como en toda la flotilla arrastrera, la bastina no entraba en los provechos de los marineros. Era su privilegio apartar para el lote lo mejor de cada marea.

En el camino de vuelta, ¡que se joda el Tantarantán!, Cheri hurtaba a la nieve granizada las más soberbias piezas de cobre y plata, apilándolas entre los mimbres con toda la suavidad de la que eran capaces sus manazas.

– Ésta para mi madre –pensó el Cheri y, apartando la mejor de las merluzas, dio un grito por el agujero del escotillón– ¡Va canasto!

El maquinillo giró suavemente y el contraмаestre agarró con firmeza las asas de mimbre recosidas con alambre y atrajo hacia sí la cesta rebosante.

– ¡Como pesen más de dos kilos, vuelven todas a la nevera! - amagó el patrón desde el puente.

Chiño, el contraмаestre, fue repartiendo las piezas al azar en los trece montículos de cubierta. Aquella gente miraba esparcida por allí mismo, como si no fuera con ellos la ceremonia de los panes y los peces.

Igualar las trece partes del quiñón no era tarea fácil. Chiño sopesaba cada merluza tomándola del canasto con las manos enguantadas. Los grises bultos de puré no perdonaban detalle.

– Esa va esmagada.

- Esmagado estarás tú. Si no la quieres, la llevo yo.
- Si me toca ese quiñón, yo no lo llevo.

Apareció Cristobo, el motorista, ejerciendo autoridad. Traía en el puño unos papelitos numerados del uno al trece y los fue colocando en cada montón, empapándolos en las escamas gelatinosas de los rapantes. Los bultos fumaban despacio y asentían indiferentes. De cuando en cuando, uno de ellos escupía sobre las tablas y acaso un vaivén de las olas se llevaba el lapo antes de que pudiera restregarlo contra la cubierta con la suela de su bota.

Los hombres de máquinas hablaban entre ellos. Los de máquinas solo salían a cubierta para presenciar el reparto del quiñón, excepto Joaquín el Andaluz, engrasador, diez años en las calderas, sordo como un cesto. Joaquín sonreía de oreja a oreja y, como únicamente comía pescado, acudía al lance cuando estaba franco de guardia, a buscar media docena de acedías o una maruca. Un capricho para el almuerzo.

Joaquín se preparaba las acedías él mismo, aunque no les sacaba la breve tripada. Simplemente les daba un agua en un caldero y las ponía a escurrir en un paño lavado por última vez cuando la botadura del *Riosil*. El Andaluz era un cazoleiro de mucho cuidado y gustaba de echar una mano al cocinero Rubén, aunque apenas se revolvían los dos en la estrechez de los mamparos grasientos donde difícilmente cabía el rabo de una sartén.

Rubén procuraba complacer los gustos de todos y en cuanto bajaban los hombres de faenar en cubierta, servía el rancho en un chis-chas. A bordo de un barco, decía el Chis Chas, si la cocina no funciona, la marea se va al garete; pero, en cuanto el *Riosil* aproaba a puerto, Rubén se hacía más huraño y casi se

negaba a cocinar.

– Tengo que limpiar mucho. Tengo que limpiar. ¿Quién me ayuda a mí?

El *Riosil* navegaba a buen ritmo, con la soltura del caballo que sabe el camino de vuelta, saltando sobre las olas, amigas o enemigas, sin pestañear un ápice los grandes ojos de buey, que algún día fueron de bronce bruñido, ahora con escurrimbres y legañas de óxido.

Saber de sobra el camino no añadía una pizca de entusiasmo a la inevitable resignación con que el puré se vierte y se expande: un vómito desleído e inerte.

En cuanto el barco giró sobre sus talones, riéndose de la tormenta que comenzaba a estallar en el Jones Bank, los hombres iniciaron su lenta cuenta atrás, garreando con los huesos contra la humedad del catre.

Cheri repasó sus anotaciones en la libretita mugrienta, donde contabilizaba con torpe letra desmañada las capturas de cada lance. Escribió:

*“Úl-ti-mo lan-ce: di-e-ci-si-e-te ca-nas-tos de rapan-te dos de sapo tres de mer-lu-za.”*

– Y un montón de carallotes - pensó Cheri, llamando por el contraamaestre.

– Chiño, ¿cuánto dices que va en esta marea?

– Si no hicimos treinta millones, no hicimos nada.

– ¿Hicimos? –terció Colón, asomando la cabeza por entre las cortinas floreadas del carrito–, ¿qué hicimos nosotros? Treinta kilos para el hijo de puta del Tantarantán. Nosotros, lo de siempre, ¡cuatro arandelas!

## 2

En el banco del Pequeño Sol, un mercante lejano turbaba la soledad del horizonte. El *Riosil* mantuvo la proa firme, como una brújula imantada por la llamada de la tierra. Una cohorte de penélopes con rulos y batas guateadas manejaba los hilos invisibles de aquel retorno, si no fuera que un cansancio de muerte se había adueñado de los párpados de esta legión de ulises. Ulises de patata.

Los marineros iban despertando a ratos, de uno en uno, acostumbrados a dormir a cachos, instalados en la larga vigilia de la marea: una duermevela de veinte días sin tregua.

Jesús espabiló a saltar del carrito e irse a la ducha. Prefería ser el primero porque luego se acababa el agua caliente y, además, los otros dejaban el wáter hecho una guarrada. A Jesús le gustaba llegar limpio a su casa de Cangas, el chalecito en Airiños do Monte que se había construido con los ahorros de muchas mareas. Era una casa blanca con sombrero de tejas curvas donde le guardaba ausencias Maricarmen, y le esperaban dos niñas calladitas y sonrientes como su padre, Patricia y Susana. Pensó en ellas mientras se duchaba, haciendo acrobacias bajo el chorro de agua, que iba y venía a capricho del balance.

El resto de la tripulación dormitaba, salvo El Cheri, que tenía guardia en el puente.

– Siempre pringo yo –se resignó, sin preocuparse mucho. En el puente, cuando el patrón quería, se oía la radio. Al menos, así podría enterarse de cómo había quedado el Celta.

Antes de cruzar el paralelo 45, Rubén se puso en marcha. Nada le jodía más que preparar la última caldeirada de cada marea. Peló de mala gana cinco kilos de patatas, desconchó varias cebollas sin derramar una lágrima y limpió tres rapas espléndidos. “Mientras yo sea cocinero, a bordo se come el mejor pescado que venga en el lance”. Puso todo al fuego en la perola grasienta y luego arrojó las mondas por el portillo entreabierto.

Un poderoso olor a gasóleo frito impregnaba la cocina, se encaramaba por el pringue de los mamparos y huía por el barco adelante. Rubén, sudoroso, abrió una lata de cerveza y se sentó pensativo en la bancada de madera, con los ojos perdidos en el póster de una mujer pobremente desnuda, mirando sin ver.

– ¡Ojalá fuera ésta la última marea!

Media hora más tarde, a la llamada del cocinero, los hombres fueron acudiendo perezosos al rancho, menos Chiqui, que nunca salía del carrito en los días de travesía. Hasta llegar a puerto, Chiqui soñaba con aviones metálicos brillantes y sus sueños eran más dulces y apetitosos que la mejor de las caldeiradas.

Los marineros, libres de preocupaciones, comieron y bebieron abundantemente. No había queja de la marea, las bodegas estaban llenas y el Riosil regresaba casi sin nieve.

Durante la ruta, Xosé, el patrón de costa, bajaba a comer con los mareantes. En plena marea, no. En la mar, O Vello comía siempre solo y no daba a nadie las quejas de la pleresía que tenazmente le iba comiendo los huesos.

Xosé O Vello, reservado y bondadoso, había navegado en las primeras motoras de Bouzas y, en la ruta, contaba viejas historias que gustaban a los marineros, Si se terciaba, O Vello echaba unas manos de tute cabrón, a la virisca o a la manilla,

llevando de pareja al Chiño, contra Rubén y Joaquín, quienes reñían entre sí todas las bazas.

Otro aprovechaban la lentitud de las horas para lavarse. Al regreso de la marea, ducharse era más una costumbre que algo práctico. Durante la ruta, aún tendrían que baldear la cubierta, atar redes, estibar y adujar cabos y aparejos, sacar el quiñón y limpiar los camarotes. Así pues, era mejor no ducharse, sino seguir oliendo a marea, a sudor salino, a salitre humana, a puré de pescado, a salazón de patata.

Los sobacos se morían de risa bajo la ducha bailarina, incapaz de arrastrar el jabón. Inútil ceremonia del aseo. Las mujeres tampoco les esperaban tan ansiosas, sino ellos, más bien, tenían prisa por llegar; y en cualquier caso, pensó El Moro, “Yo, como no me lave bien en casa, conmigo Chicha no folla”.

Pues, en fin, una patata duchada sigue siendo una patata. Mejor era, como hacía O Vello, afeitarse despacito ante el espejo desconchado y lavarse la cara y los antebrazos, por parecer que parecía.

Treinta años en un bou de Trintxerpe y nunca vi un marinero mojarse el culo.

– Entonces no había duchas, Xosé, pero hoy es distinto.

Entonces teníamos unas cubetas a popa y una bomba para sacar agua; pero ... ¡hacía mucho frío, carallo!